

multa corpora sanctorum, qui dormierant, surrexerunt. Exeuntes de monumentis post resurrectionem ejus, venerunt in sanctam civitatem, et apparuerunt multis. Centurionem autem, et qui cum eo erant, custodientes Jesum, viso terræ motu, et his quæ fiebant, timuerunt valde, dicentes: Verè filius Dei erat iste.

puleros, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto resucitaron. Y saliendo de los sepulcros despues de la resurreccion (de Jesus), vinieron á la ciudad santa, y se aparecieron á muchos. El centurion, pues, y los que estaban con él guardando á Jesus, viendo el terremoto, y las cosas que sucedian, temieron mucho, y decian: Verdaderamente este era hijo de Dios.

### MEDITACION.

DE LA GLORIA DE CRISTO EN LAS IGNOMINIAS DE SU MUERTE.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que durante la vida mortal de Jesucristo, su divinidad solo se manifestó como por entre celajes; pero en su muerte, toda ella se hizo patente á nuestros ojos. El cielo, la tierra, sus mismos enemigos, las profecias que precedieron, la fe de los pueblos que se siguió, la misma fuerza de la razon, los prodigios, los milagros; todo nos predica su divinidad; todo demuestra invenciblemente su omnipotencia; todo nos obliga á admirar su sabiduría; todo concurre á su gloria; todo convence de su inocencia y santidad.

No habia cosa mas fácil para el Salvador que evitar la muerte: conocia muy bien la malignidad de los judíos, y penetraba sus perversas intenciones. *¿Quid me queritis interficere (1)?* ¿Porqué procurais por darme la muerte? Declaró á Judas su traicion. Con todo muere, y muere despues de haber dicho él mismo

(1) Joan. 7.

todas las circunstancias de su muerte; despues de haber hecho individual y menuda mencion de todo lo que habia de padecer; despues de haber notado que todo esto habia de suceder para que se cumpliese lo que estaba pronosticado por los profetas.

Muere Cristo: y todo cuanto aconteció en su pasion y en su muerte, todo es divino, todo maravilloso: la majestad, la gravedad, la dulzura de su semblante, que en todo y por todo le acompaña; aquel silencio tan distante de todo desden, de toda fiereza; la malignidad, la rabia de sus enemigos que no pueden acusarle sino de sus milagros, de sus beneficios, de su mansedumbre y de su paciencia.

Muere Cristo: ¿y cuántos prodigios acompañaron su muerte? y ¿qué mayor prodigio que su muerte misma? Eclipsase el sol sin que ningun cuerpo opaco nos le encubra; tiembla la tierra, rómpense los peñascos, y toda la naturaleza se estremece en el mismo instante en que espira este hombre Dios. No muere porque le falten las fuerzas; si fuera por eso, ya le hubiera quitado naturalmente la vida la mucha sangre que derramara; muere porque quiere, y cuando quiere; lo que no es propio sino de un hombre Dios, lo que acredita hasta en la misma muerte la soberania de Dios y la independenciam.

Muere Cristo; y hace escala de la misma infamia para subir á la mas encumbrada gloria. En medio de la ignominia de la muerte hace visible su divinidad. Los judíos y gentiles, que no le reconocieran por hijo de Dios viéndole hacer milagros, exclaman al verle espirar que es el verdadero hijo de Dios: *Verè filius Dei erat iste.* Muere en una cruz, y desde ella dispone del reino de los cielos, y por ella triunfa del principe de este mundo, y con ella doma el orgullo del mismo mundo; y esta cruz la coloca sobre las ruinas de la idolatría y de la infidelidad. No se pretende

ocultar su muerte á las naciones remotas, no se trata de disimular ni disminuir su infamia : *Prædicamus Christum crucifixum*. Nunca se predica su divinidad sino mostrándole clavado en un madero, declarando el género de su muerte con todas sus llagas y afrentas; y los Griegos, aquel pueblo tan soberbio, y los Romanos, aquella gente tan orgullosa, y los Bárbaros, todos estos pueblos que miraban con horror á un hombre crucificado, adoraron á Jesucristo en la cruz, le reconocieron por su Dios, por su Redentor, por su Juez. Despues de esto, pide milagros para creer.

¡Ah, divino Salvador mio, y con cuánta razón dijisteis vos que el milagro de los milagros erais vos mismo espirando en una cruz! Si despues de este milagro no os adoro con un corazon verdaderamente contrito y humillado, si no os amo con ternura y con ardor, si no me hace impresion vuestra muerte, si os niego hasta una lágrima, ¡qué especie de milagro, qué especie de portentoso no seré yo mismo!

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánto debe avivar nuestra fe, encender nuestra devocion, y alentar nuestra confianza la vista de Cristo crucificado. Pero ¿experimento en mí estos efectos?

Veo en esta cruz á mi Dios, á mi Redentor, á mi Padre. Un Dios en la cruz me descubre el precio, el mérito de las cruces, esto es, de las humillaciones, de los abatimientos y de los trabajos. Un Salvador en la cruz es remedio eficaz para todas mis enfermedades. Un padre en la cruz, es un objeto lastimoso de ternura, que debe arrebatarme el corazon, porque no puede acreditar mejor lo infinito que me ama. *Ecce quomodo amabat eum*, grita aquella cruz á todo el cielo y á toda la tierra. Ella publica hasta qué

punto llegó el exceso del amor que Jesucristo me tuvo; conviene en ello todo el universo, y quizá solo yo no entiendo este lenguaje.

*Ecce*. No solo en esta vida es la imágen de la santa cruz el mayor testimonio de la excesiva ternura con que Cristo nos amó, sino que será eterno este memorial de su amor y de su muerte. *Ecce*, dirá por toda una eternidad á un infeliz condenado: mira si podías subir mas de punto la ternura de Dios para contigo. *Ecce*, mira si no hizo bastante y sobrado Jesucristo para librarle de este fuego eterno, de este infierno en que ahora te ves por culpa tuya. ¡O mi Dios, y qué reconvenccion tan dura! ¡ó qué cruel suplicio es la memoria de Cristo muriendo, que un condenado no podrá perder jamás!

*Ecce*, dice esta misma imágen á los predestinados; *Ecce*, hé aquí á quien debeis vuestra felicidad eterna. Comprended bien el exceso de su amor; la inmensidad de su ternura. Ellos la comprenderán; y de este conocimiento nacerá aquel consuelo, aquella alegría, aquellos impetus de amor, aquellos filiales recursos, aquellos movimientos de gratitud y de profundo reconocimiento de que estará continuamente penetrado su corazon.

¡Ay dulce Jesus mio! ¿qué efecto causará en mí, durante la eternidad, la memoria de tu muerte? ¿Será para mí objeto de consuelo ó de desesperacion? Pero ah! para conocerlo no tengo mas que examinar los efectos que ahora me causa en vida. Espero en vos, divino Salvador mio, que con vuestra gracia me servirá la cruz en vida de regla para vivir, en muerte de fundamento para confiar, y despues de ella de motivo para alegrarme por toda la eternidad. Así sea.

## JACULATORIAS.

*¿ Quid retribuam Domino , pro omnibus quæ retribuit mihi ? Calicem salutaris accipiam. Salm. 115.*

¿ Con qué agradeceré á mi Dios los beneficios que he recibido de su infinita bondad ? Abrazaré con gusto las cruces , los trabajos con que se dignare regalarme , y beberé gustoso el cáliz de su pasión.

*Christo confixus sum cruci. Ad Galat. 2.*

Crucificado estoy en la cruz con mi Señor Jesucristo.

## PROPOSITOS.

1. Estímase la humildad, pero se huye de la humillacion. La humildad es una virtud que tiene su mérito, su esplendor, y que aun da honra. Por esta razon se precian muchos de humildes; pero sin querer ser humillados, porque las humillaciones son ásperas y sin brillo. No solo no hay cosa en ellas que fomente el amor propio, sino que le aniquilan y son ponzoña del orgullo; por eso se las mira con tanto horror. No hay devoto alguno que no juzgue de sí que es humilde; pero en llegando por su casa la humillacion, se altera; sola la sombra de la humillacion sobresalta. ¿Qué ilusion, qué error, si padeciendo este disgusto se imagina uno ser humilde! Humillóse Jesucristo, dice el Apóstol; pero se humilló entre los oprobios de que le cubrieron, entre los azotes con que le despedazaron las carnes, en el afrentoso madero donde espiró. No se llega á ser humilde porque se estima y se ama la humildad, sino porque se ama y se desea la humillacion; esto es lo que nos da á entender Jesucristo por la humildad de corazon. Esta leccion es importante; nos la enseña el Salvador desde la cátedra de la cruz. Nunca pongas los ojos en un crucifijo sin oír esta muda leccion que da el Señor á sus discipulos.

*Discite à me.* No te contentes con oirla; da todos los dias algunas pruebas de que la has aprendido; y si quieres algun ejercicio práctico, observa el siguiente. Primero: Nunca sostengas tu parecer con calor; cede á los que defienden el suyo con aspereza y con vivacidad, á menos que el asunto sea de tanta importancia, que no te permita ser indulgente. Segundo: Cuando te atribuyan alguna cosa que no has hecho, no te excuses ni te justifiques, á menos que Dios te mande lo contrario. Tercero: Ofrece al Señor todas las máximas á los piés de un crucifijo todas las humillaciones que aquel dia fuere servido de enviarte, aceptándolas de buena voluntad, y pidiéndole gracia para aprovecharte de ellas. Cuarto: Mira con ojos cristianos las cruces, los trabajos y los abatimientos; honra singularmente á las personas afligidas y humilladas, acreditando con las obras tu estimacion y tu cariño. No hay señal de predestinacion menos dudosa ni menos equívoca que las humillaciones.

2. Ya se te ha aconsejado que en el oratorio, ó en el cuarto, tengas un crucifijo, destinado para que te auxilién con él en la hora de la muerte. Tómale muchas veces en la mano, y suplicale con las mayores veras que te diga ahora en el corazon lo que te ha de decir en aquella postrera hora. Piensa que ya te está haciendo los mismos cargos que entonces te ha de hacer. Ahora te hallas en tiempo y en paraje de remediar muchas cosas; no dilates la ejecucion. Este piadoso ejercicio, repetido algunas veces cada mes, es muy provechoso, y sirve maravillosamente para reformar las costumbres en vida, y para disponernos á una santa muerte.

## DIA TREINTA Y UNO.

EL BEATO AMADEO, DUQUE DE SABOYA.

El beato Amadeo, duque de Saboya, noveno de este nombre, fué hijo de Luis II, y de Ana hija del rey de Chipre. Nació en Tournon, á 1° de febrero de 1435. Parece que fué como presagio de su futura santidad la extraordinaria alegría que causó el nacimiento de este príncipe; y los esponsales de futuro, que poco tiempo despues de su nacimiento contrajo con Violante, hija del rey de Francia, fueron dichoso nudo de una paz que anhelaban con ansiosos suspiros todos los pueblos.

Quiso la duquesa su madre tomar á su cargo la primera educacion del príncipe su hijo; y dejando al duque su padre el cuidado de criarle segun la grandeza de su nacimiento, ella se aplicó solo á irle poco á poco formando segun la santidad de su religion. Los primeros principios en que le imbuyó, fueron las máximas del Evangelio; y el santo temor de Dios fué el primer fruto de estos principios. Sobre todo se dedicó la virtuosa duquesa á inspirarle un santo horror á todo lo que podia ser ofensa de Dios; y previniéndole con tiempo contra los peligrosos lazos que el mundo arma á la inocencia de los grandes, contra las vanas ideas de grandeza con que los entretiene y lisonjea, y á favor de las importantes máximas de la Religion, de que el mismo mundo procura desviarlos, iba cultivando aquel entendimiento y aquel corazon que habia provisto el cielo con sus mas dulces bendiciones, y que algun dia la divina gracia habia de hacer el modelo de los principes mas virtuosos.

Dejóse conocer su piedad casi desde la cuna, y desde el mismo tiempo fué su virtud dominante la caridad con los pobres. Nunca mostró gusto á los entretenimientos ordinarios de los niños, y ninguno se le daba mayor que el que le enseñaba alguna nueva devocion. Mas le gustaba una misa que todas las diversiones del mundo; y para descansar de las tareas del estudio, tomaba un libro devoto, ó se retiraba á hacer oracion.

En medio del esplendor y de las delicias de una de las mas brillantes cortes de Europa, conservó su corazon sin que los engaños le sorprendiesen, ni las delicias le estragasen. Alimentaba la virtud y la inocencia con la frecuencia de sacramentos y con penitencias ocultas que servian de antídoto al contagioso aire del gran mundo.

La materia mas comun de su meditacion era la passion de Jesucristo. Enternecido con solo ver un crucifijo, muchas veces se le veia derramando lágrimas. Cuando se paseaba por los jardines de palacio, se le veia unas veces de rodillas, otras con los ojos y las manos levantadas al cielo, y otras interrumpiendo el paseo con algunas genuflexiones, mezclando siempre la diversion con la devocion.

No hubo príncipe mas amado, ni que mas mereciese serlo; porque ninguno hubo que supiese unir mejor la afabilidad con la grandeza. Su semblante siempre risueño, sus ojos siempre apacibles, su porte siempre majestuoso pero siempre humanísimo, le hacian dueño de todos los corazones, conciliándole al mismo tiempo el respeto de todos. A los diez y siete años de edad se casó con Violante de Francia, hija de Carlos VII y hermana de Luis XI, á quien estaba prometido desde la cuna.

Fué matrimonio felicísimo. No pudieron estar mas unidos los corazones de los dos esposos, porque no